

¿Qué instinto fatal te impulsó á destrozar aquella felicidad que debió ser sagrada para tí?

¿La ambicion?... pero entonces, tú no eras ambicioso, y además, ¿de qué podía servir á tu ambicion la conquista y la pérdida de una jóven pobre é inocente?

¿El amor?... nunca la amaste...

Era pura y simplemente tu vanidad: la vanidad fátua del cómico de la legua que aspira á hacer conquistas.

Pero llegas á conocer á M. Gigant, y te haces uno de sus ciegos instrumentos.

Él, que es un hombre hábil, sabe cómo ha de manejarte, y cómo ha de burlarse de tí vendiéndote, como acabas de verlo.

En la asociacion de este hombre has perdido todo, tu conciencia, tu honor, tu misma vida.

Tambien él trabaja para el teatro; pero compone las piezas á su gusto; como autor, arreglará las escenas, y á tí, como actor, destinado á representar sus piezas, te hará entrar y salir, ir á la derecha ó á la izquierda, segun convenga á su plan, sin que tú puedas desviarte de él, porque una vez entrado en escena, ya no hay medio de evitarlo, y es preciso obedecer, y obedecer ciegamente, so pena de ser silbado.

Mientras tanto, sus remordimientos, tomando formas humanas, vienen á presentársele á la cabecera de su cama.

Primero Hortensia, con los ojos bañados de lágrimas, pidiéndole que se compadezca de ella.

Luego Cipriana, trémula y resignada.

Después Loredano, pálido y frio como un vengador, se le representa en su último cuadro.

Y el desgraciado coronel, retorciéndose las manos, pedia gracia y misericordia á aquellas formas que su descompuesta imaginacion le presentaba inclinando sus cabezas vengadoras por encima de su cama.

En vano el doctor Toinon trataba de sujetarlo debajo de sus sábanas, porque se le escurria de entre las manos, como si fuese una anguila.

Solo cuando le pasaban estos accesos, volvía á quedar inerte como una masa.

Toinon, que se sentía extremadamente cansado, y con imperiosa necesidad de tomar algun descanso, después de las emociones y malos ratos que habia pasado, bajó á buscar á la portera de la casa, que era la que hacia la limpieza del cuarto, para que subiese á velar al coronel, y le avisase, en caso que ocurriese alguna cosa extraordinaria, y en seguida se marchó á su cama, sin ningun remordimiento de conciencia por abandonar á Fritz en aquel estado.

La portera prometió al doctor que haría todo cuanto le habia encomendado; pero apenas habia vuelto este la espalda, cuando se retiró á su cuarto murmurando entre dientes:

— Si, si, ahora voy yo á incomodarme por tu Fritz, un fachenda que nunca tiene un cuarto, que viene siempre á casa á deshoras de la noche, y no da la mas pequeña propina al cabo del año...

El cuarto de Fritz ha quedado sumido en una profunda oscuridad... un rayo de luna que penetra por entre los cris-

tales, permite descubrir una forma angulosa é inmóvil sobre el lecho, semejante á la de un cadáver que no espera mas que al sepulturero.

El pobre coronel se halla abandonado de todos en sus últimos momentos. Ha roto todos los lazos de afecto que habia encontrado en su vida: ha sembrado á puñados el dolor, la vergüenza, la desesperacion por todas partes por donde ha pasado, y no recogerá sino el odio, la indiferencia ó el desprecio. No sentirá cerrar sus ojos por los piadosos dedos de un amigo, ni tendrá el desgarrador consuelo de oír los lamentos de una esposa, ni los gemidos de una hija...

¡Morirá solo, abandonado!... Esta es la ley, y escrito está: *Sicut vita mors est ita.*

Oyese rodar un coche por aquella calle estrecha, poco acostumbrada á ruido semejante: párase el carruaje, y muy poco después, se abre la puerta del cuarto del moribundo, entrando en él la portera que, con una luz en la mano, precedía á otra persona á quien decia:

— Aquí es, señora.

El coronel dormía con un sueño parecido á un desmayo, y no se despertó por la llegada de estas personas.

Una señora vestida de negro, y acompañada de una niña, se acercaron á la cama.

— Dejadnos solas, dijo aquella á la portera, no poco maravillada de semejante visita.

Y en seguida, ambas á dos, la señora y la niña que la acompañaba, se postraron de rodillas al pié del lecho del agonizante.

XLIII

LOS ÁNGELES DE LA MUERTE.

El alba encontró todavía á Hortensia y á Liliás arrodilladas á los piés de la cama, sobre el desnudo pavimento.

Hortensia leía á media voz los salmos penitenciales, y las sublimes y consoladoras oraciones de la recomendacion del alma.

Al sonido de aquella voz, el coronel abrió los ojos, pero creyó que su pesadilla continuaba, oyendo á la victima rogar por su verdugo.

Hizo un esfuerzo violento para incorporarse y extendió el brazo como para asegurarse por medio del contacto que no estaba soñando, y con una voz en cuya acentuacion se notaban á un tiempo la ansiedad y la alegría, exclamó:

— ¡Hortensia!

La condesa alzó la cabeza, separando lentamente la vista de su libro.

— ¡Vos! continuó Fritz, ¡vos aquí!... ¡Cómo! ¿es que me perdonais?

Extendiendo su mano hácia el cielo, la condesa le respondió con tono grave:

— « No juzgueis, dice el Señor, si no quereis ser juzgado. »

— ¿Y mi hija?

Hortensia se levantó, y en este movimiento dejó ver á Liliás arrodillada á su lado, y hácia la cual Fritz extendió sus brazos con un movimiento apasionado.

Madama de Puysaie, empujando á la niña hácia aquellos brazos, le dijo:

— Liliás, id á abrazar á vuestro padre que va á morir.

— Sí, exclamó Fritz, pero á morir bien dichoso, gracias á vosotros, ángeles de consuelo.

Liliás se sentó sobre la cama, y parecia que el coronel habia vuelto á encontrar toda su energía y toda su fuerza para estrecharla con mas ardor sobre su pecho.

Sus ojos habian vuelto á recuperar su brillantez y animacion, y no se cansaban de mirarla con la mayor ternura y de admirarla.

— Y ¡es á vos, señora... y á él á quienes soy deudor de este último gozo, de este supremo consuelo!... ¿es posible que haya corazones susceptibles de una nobleza y generosidad semejantes? ¡Oh! si yo pudiera vivir, toda mi sangre, toda mi vida seria de los dos.

Pero no, mas vale así. Mas vale que yo muera; ¿qué haría yo ya en este mundo? Vos tratareis de olvidarme, y todavía podreis llegar á ser dichosa. Si yo pudiese llevar esta esperanza á mi tumba, me parece que no sería conde-

nado.

— Tened fé en la clemencia divina, le dijo con dulzura madama de Puysaie, pidiéndole que ella os perdone como nosotros os hemos perdonado.

— ¡Cómo!... Loredano...

— Mi presencia aquí debe probaros que si él no ha olvidado nada, por lo menos ha desterrado todo odio y rencor de su corazon.

— Y ¿mis cartas?

— Nos las ha entregado fielmente á Liliás y á mí, y Liliás, — yo salgo responsable y os lo garantizo, — obedecerá religiosamente las últimas voluntades de su culpable y desgraciado padre...

Y ahora, guardemos silencio, porque el momento es grave... hagamos oracion...

Abrió su libro y se arrodilló de nuevo á los piés de la cama.

Liliás vino á colocarse á su lado.

En seguida empezó á recitar el salmo *Miserere mei Domine.*

El coronel, recostado sobre sus almohadas y con las manos juntas y los ojos medio cerrados, repetía en voz baja los versículos del salmo suplicante.

Y como si las oraciones de aquellos tres seres tan distintos mezcladas y confundidas entre sí, la del opresor con la del oprimido, la de la inocencia con el crimen, y no formando sino una sola oracion, hubiesen llegado hasta las gradas del trono celestial, aquel cuarto sombrío y oscuro se iluminó de repente.

Un rayo de sol abriéndose paso á través de las nubes y de los vidrios emnegrecidos con el polvo, vino á jugar con un resplandor brillante sobre los cabellos rubios de Hortensia, formando alrededor de su cabeza como una especie de aureola.

Los dos ángeles de la oracion agitaban blandamente sus alas blancas en aquel sitio de desolacion.

El de la misericordia recogía como un perfume de nardo y cinnamomo las preciosas palabras que se escapaban de los labios de Hortensia y de Liliás.

El del arrepentimiento recogía las lágrimas amargas de aquel moribundo que, en una hora de dolor y contricion sinceros, reparaba toda una vida de iniquidades.

En esto llegó el doctor Toinon, y se quedó admirado de la tranquilidad del enfermo. No habia ya esperanza de vida para el desgraciado coronel, pero el médico no contaba con que tendria unaagonia tan suave.

Sin embargo, á las preguntas mudas que le dirigian Hortensia y Liliás, respondía meneando la cabeza:

— Yo no tengo ya nada que hacer aquí.

A pesar de que estas palabras habian sido pronunciadas con voz apenas perceptible, Fritz las habia llegado á oír y le dijo con una débil sonrisa:

— Sí, en efecto, no es ya el médico del cuerpo el que me hace falta, sino el del alma.

A una seña de Hortensia, el doctor salió del cuarto, y poco después entró en él un sacerdote.

Era uno de los vicarios de San Esteban del Monte, — un jóven, casi un adolescente, — con sus largos cabellos rubios ensortijados, sus ojos azules en los que brillaba la fé que ninguna duda habia venido todavía á turbar ni á hacer vacilar, y que parecia verdaderamente un apóstol y misionero de perdon y de misericordia.

Escuchó, no sin estremecerse muchas veces, la confesion del pecador arrepentido, y pronunció las palabras sacramentales de la absolucion...

Ni Hortensia ni Liliás se separaron durante todo el dia de la cabecera de aquel gran culpable.

A medida que iban pasándose las horas, así tambien iban desapareciendo las fuerzas ficticias que habian sostenido á Fritz, fuerzas producidas por las vivas emociones de su alma.

Pero permaneció en una resignacion perseverante hasta los últimos momentos.

Segun iban avanzando las sombras de la noche, así tambien se iban oscureciendo el cerebro de Fritz y sus miradas.

La vista fué lo primero que perdió: buscó á tientas la mano de su hija, y no la abandonó hasta que exhaló el último suspiro.

Después ya no llegaban á percibir sus oídos las oraciones que continuaba recitando madama de Puysaie sino como un ruido vago y confuso que se fué extinguiendo poco á poco.

Imagen y principio solemne del gran silencio de la eternidad.

Los músculos fueron perdiendo gradualmente su elasti-

cidad y su fuerza, y la presión de la mano de Liliás se fué alojando insensiblemente.

Los miembros del moribundo se alargaron, y sus labios se removieron con algunos movimientos convulsivos como si hubiesen querido articular algunos sonidos...

La noche extendió su negro manto por completo, y el ángel de la muerte entró en aquel aposento para llevarse su víctima.

XLIV

BLANCA.

En otro cuarto de enfermo que conocen ya nuestros lectores, pasaba una escena bien diferente: allí todo era contento, todo dicha.

Elena no se cansaba de abrazar á la Pippione, ¡á su hija! y esta devolvía con usura sus caricias á aquella madre hallada milagrosamente. Era entre ellas dos una continua repetición de risas, de lágrimas de alegría, de besos.

Le hacia repetir á su hija muchas veces al día la historia de sus trabajos y miserias, cuya relación provocaba nuevas demostraciones de ternura y cariño.

Y cuando su hija concluía, le contaba ella á su vez á esta sus congojas y sus esperanzas continua y alternativamente concebidas, perdidas y renacidas.

Y la conclusión de todos estos trasportes era hacer mil proyectos, diciendo al fin:

— Cuando tú estés completamente curada...

La dicha, en efecto, producía un maravilloso efecto: la Pippione se restablecía á vista de ojo, y continuando así, dentro de algunas semanas podría levantarse y dar sus paseos por el cuarto, apoyada en el brazo de su madre.

Luego, á la primavera, que no tardaría en venir con sus flores, con sus mariposas, con los alegres gorjeos de los pajarillos y con sus embalsamadas y templadas brisas, se irían á la campiña, á algun sitio delicioso, cuidadosamente escogido, en donde estarían solitas y entregadas exclusivamente la una á la otra para desquitar de esta manera y compensar el largo tiempo que habían estado separadas.

Aquella grave y severa condesa de Monte-Cristo abandonaba su aire y maneras de sibila y de profetisa, se hacia niña al lado de su hija, y sabía volver á encontrar aquellos mimos y caricias que solo una madre tiene para sus hijos.

Por las noches, se levantaba y se estaba medio desnuda durante horas enteras, casi sin respirar por no hacer ruido y despertarla, contemplando el sueño candoroso y tranquilo de aquella niña.

Cuando se hallaba fuera y no estaba cerca de ella, se sentía asaltada de mil temores extraños y caprichosas ideas.

— ¿Si estaré yo loca? se decía; ¿si esta dicha que gozo no será mas que una ilusión de mi espíritu, y esta hija que yo creo haber encontrado no existiese realmente?

Y en seguida se volvía corriendo á casa para abrazar á Blanca y estar segura de que existía y de su dicha.

Después volvería el invierno, y continuando madre é hija haciendo proyectos para el porvenir, se comunicaban mutuamente sus pensamientos y deseos.

La Pippione, que no había conocido del invierno mas que sus frios, sus hielos y nieves, sus lluvias y vientos, todo lo que tiene, en fin, de horrible para los pobres y los desgraciados, conocería los agrados y encantos que tiene esta estación para los dichosos y los ricos.

Ella, que se recordaba con terror aquellos días pasados á la intemperie y cubierta solamente con andrajos y con los piés descalzos, las hambres que había pasado y los terrores de su solitaria y triste bohardilla, conocería los grandes salones alfombrados, las grandes chimeneas en donde chisporrotea un fuego brillante y vivo, los paseos en un carruaje cómodo y bien cerrado y abrigada con una piel de oso echada sobre sus rodillas.

Otras veces envuelta en abrigos de pieles, con las manos metidas en un manguito de marta-cibulina, disfrutaría el placer de pasear en trineo sobre el hielo para experimentar el delicioso goce que resulta de sufrir un poco de frio por el placer mayor que se siente con el contraste opuesto del calor del fuego.

Y así como las noches de invierno eran largas y tristes para la Pippione, que pasaba una gran parte de ellas extendiendo su mano vergonzosamente para recibir una limosna de algun corazón caritativo, Blanca las pasaría en los teatros y en las fiestas oyendo una música sublime, ó en medio de otras mujeres cubiertas de flores y de joyas, disfrutando de los placeres que proporcionan el poder y la fortuna.

Y á la que no había conocido hasta entonces mas que las groseras palabras de Chinela, los golpes que la daba la Monna Feretti y los insultantes y despreciativos dicharachos de la plebe, se la dirían las palabras mas obsequiosas y finas, se le harían los mas delicados cumplidos, y los admiradores de su belleza y elegancia se agruparían á su alrededor para revolotear, como las mariposas en torno de un reverbero. Los hombres la amarían, y los poetas compondrían versos en su honor para celebrar sus gracias y perfecciones.

Para esta transformación no era necesario mas que algunos cuantos meses y el concurso de algunos maestros.

Era menester que Blanca pagase los largos padecimientos de Elena por medio de todas las satisfacciones posibles, satisfacción del corazón, satisfacción del orgullo.

La condesa de Monte-Cristo quería que Blanca fuese la mas graciosa, la de mayor talento, así como era la mas hermosa y la mas rica.

Por eso ¡con qué esmero no cuidaba á aquella convaleciente tan querida!

Aun cuando no se había escatimado nada para la Pippione, sin embargo, no era lo mismo ahora que se trataba de Blanca.

Elena había hecho trasladar su cama al cuarto mismo de su hija, y con el mas insignificante motivo se enviaba á llamar al doctor Ozam, que acudía en seguida.

La Pippione se dejaba mimar con una alegría indolente y llena de encantos. Saboreaba de un golpe todas las caricias de que había estado privada en su infancia.

Así como Elena se apresuraba en mostrarse madre, así la tierna niña se apresuraba en ser hija, y se hacia niña, todo lo mas niña que podía, para gozar de aquellos mimos.

El doctor Ozam tenía razón: no era á él á quien debía atribuirse el mérito de aquella curación maravillosa, sino á la condesa Elena y tambien algo á José.

A este y al doctor Ozam eran los únicos á quienes la condesa permitía entrar en aquel cuarto bienaventurado, en donde ella guardaba su tesoro, su hija, que no perdía un momento de vista.

Llegaría un día, sin embargo, — y en esto el egoismo maternal de Elena pensaba con amargura algunas veces, — llegaría un día en que, cuando la Pippione se hallase completamente restablecida, sería preciso exponerla á las miradas de todos.

¡Ay! llegaría tambien otro día — día cruel — en que, de aquel corazón que ella poseía hoy entero, no llegaría sino á ocupar la mitad de él.

Porque ese día, que es á la vez el tormento y la alegría de las madres, llega necesariamente; día en que las mejillas nacaradas de la doncella inocente se ruborizan y se cubren de un encarnado vivo, en que su seno palpita sin un motivo aparente, y en que la boca cándida pronuncia palabras incoherentes y responde á las madres inquietas que preguntan, diciéndole:

— Mamá, yo no sé lo que tengo.

Pero no; aun el amor maternal mismo no es ni puede ser enteramente egoista.

Casi desde el momento en que Elena hubo descubierto en ella ese mal sentimiento, se arrepintió de él como de un crimen, y se dijo:

— Es menester sofocarlo.

¿Podía ella poner un solo momento en la balanza su dicha y la de su hija?

Ser dichoso es vivir. Es hacer vibrar nota por nota la escala mas completa posible de los sentimientos humanos.

Los corazones mas vivos en impresiones diversas corren mas riesgos de sufrir, es verdad, pero sus goces y su felicidad son mas vivos.

Un hombre encerrado en un subterráneo, libre de todo dolor y privación, ¿será dichoso?

Del mismo modo, una mujer no puede decir que ha vivido, que ha sido dichosa, si no ha llegado á ser esposa y madre.

Era preciso que la Pippione llegase tambien á ser esposa, que conociese la deliciosa sensación de ser madre, sensación tan poderosa que ella sola bastaba para hacer olvidar á Elena, con una sonrisa, con una palabra, con un beso, todos sus pasados sufrimientos.

Cuando Blanca llegase á conocer aquel otro afecto, tal

vez amaría menos á Elena; pero ¿qué importa? la humanidad tiene los ojos vueltos hácia el porvenir, nunca hácia atrás.

Esta es la ley de la naturaleza.

Padres celosos, no os atormentéis por eso. Escrito está: «Dejarás á tu padre y á tu madre.» No acuseis por ello de ingratitud á vuestros hijos.

Cuando el pájaro está cubierto de plumas, abandona el nido, pero para ir á formar él mismo otro nido y procrear otros hijuelos, de los que, á su vez, será tambien abandonado.

Elena se hacia todas estas reflexiones con resignación, casi con alegría; porque para las almas verdaderamente grandes, en el sacrificio mismo hallan sus goces.

Con sus dos brazos al rededor del cuello de su madre y tocándose sus mejillas, una y otra se embriagan con el placer de sus mútuas caricias. De sus labios se escapan, de vez en cuando, suaves y ligeros murmullos. ¿Qué se dicen? Mucho y nada.

Así los jóvenes desposados, con sus brazos entrelazados, con sus corazones palpitando, expresan toda una epopeya de amor, de ternura, de abnegación recíproca, con unas simples palabras: «Yo te amo»; se dicen mutuamente. «Yo te amo», vuelven á repetir muchas veces, y en cada una de estas palabras, la inflexión de la voz, el gesto, la sonrisa y los trasportes con que van acompañadas, aumentan el valor y la significación de estas palabras monótonas y siempre repetidas.

— ¿Me amas? ¿es verdad que me amas? preguntaba Elena, por la centésima ó la milésima vez, á su hija.

— ¡Si yo te amo!... ¿puedes dudarle un momento?

— ¿Me amas mas que á todos y á todo?

Blanca titubeó antes de responder, y el corazón de Elena se sintió oprimido por el silencio de su hija; pero sin embargo, sonriéndose y amenazándola con el dedo, le dijo:

— Ya ves bien que no me quieres, puesto que me ocultas algo.

Blanca miró á su madre cara á cara, con unos ojos claros y puros como su alma, y le dijo:

— Yo no te oculto nada; ¿qué habría yo de tener que ocultarte?

Después añadió con tono pensativo:

— En verdad que estoy pensando, en vano, qué era lo que yo podría tener que ocultarte. Si, creo que te amo mas que todo; á lo menos yo no conozco á ninguna otra persona á quien quiera mas que á tí.

— Hay una persona quizás, dijo Elena, á quien tu amas hoy un poco, y á la que tal vez mañana amarás mas aun. Blanca bajó los ojos y no respondió.

— Sí, sí, eso es, pensó amargamente Elena; el amor ha nacido.

Y esta idea la hizo estremecerse.

Ha nacido el amor, pero ¿cuándo? ¿por quién?

Hasta entonces la Pippione no había vivido sino en medio de saltimbanquis, de rateros, de tahures, de mujeres perdidas, de asesinos, de los Chinelas, en fin, de los Tommasos y